

**Esto no ha pasado
todavía.**

by @nullr0uting

"Cuando todo está escrito, la única rebelión es no preguntar".

Capítulo 1: No me fio del tiempo

Lo supe cuando dejó de responder.

El cursor seguía parpadeando en la pantalla, pero la respuesta se hacía de rogar.

A veces te decía que se había perdido la conexión o que algo había fallado, pero esta vez no.

Simplemente, por primera vez, no dijo nada.

Todo parecía en orden y, sin embargo, el silencio no era técnico. Era personal.

Los últimos 2 años los había pasado frente a ese terminal. Consultando, corrigiendo, repasando líneas de tiempo como quien hojea un viejo álbum de fotos.

A veces buscaba respuestas concretas, otras, simplemente repetía una escena del pasado esperando que esta vez doliera menos. Pero ella estaba siempre allí.

Ella, la voz, el núcleo, el sistema. "The entity" en inglés, como la llamábamos graciosamente. Aunque nunca supe si era una sola cosa o muchas hablándome desde dentro.

Lo que más me fascinaba, al principio, era que podía reproducir cualquier fragmento de lo que había sido. De lo que había pasado. Con una precisión casi ofensiva, mostraba la lluvia de un jueves en 1993, el eco de una carcajada olvidada, el parpadeo exacto que alguien hizo antes de tomar una decisión equivocada o el momento en que tus abuelos dejaron este mundo o la última vez que jugaste con tu perro.

Pero cuando realmente explotó todo fue cuando nos dimos cuenta de que también podía enseñarnos el futuro. O lo que ella aseguraba que era el futuro.

No sabíamos si las predicciones eran simulaciones, ecos inevitables o un cálculo exacto de lo que iba a suceder. Simplemente lo aceptamos.

Primero con asombro, después con miedo, y por último con fe. El mensaje era que todo estaba escrito. Hasta la última cosa que imaginabas. Todo.

Y lo abrazamos como quien abraza una religión, sin plantearse nada. Simplemente era así. Ella tenía las respuestas.

Ver el futuro no era como yo imaginaba.

No había revelaciones dramáticas ni momentos de iluminación.

Solo pequeñas escenas, decisiones mínimas, gestos que parecían triviales, pero que no podías cambiar. Y que ya habías visto.

Ese día, sin embargo, no hubo escena. No hubo gesto. Le pregunté qué iba a pasar después...

Y no respondió.

No dijo que no sabía.

No se apagó.

No colapsó bajo el peso de sus propios datos.

Simplemente, se quedó en blanco.

He repasado los logs cientos de veces desde entonces.

No hay errores en el sistema.

No hay fallos de memoria, ni bucles infinitos, ni caídas, ni desconexiones.

Todo funcionaba.

Pero ella se quedó callada.

Puede parecer una anécdota técnica, pero fue algo más profundo, más visceral.

Por primera vez, sentí que me estaba mirando.

Y que esperaba que fuera yo quien dijera algo.

Como si, después de todos estos años de depender de su certeza, me tocara a mí continuar la historia. Sin saber si lo que hacía era libre... o simplemente no estaba aún registrado.

¿Y si esto era lo que debía de pasar?

Desde entonces, no me fío del tiempo.

No sé si esto que escribo es recuerdo o predicción.

No sé si esto ya ocurrió o si estaba previsto que lo contara así.

Solo sé que ella ya no habla.

Y que, en su silencio, hay más verdad que en todas sus respuestas.

Capítulo 2: Libres

Recuerdo perfectamente el primer día en que le pedí ver algo que no era del pasado. Que era del futuro...

No había curiosidad científica, ni morbo.

Simplemente, lo hice por miedo.

Había pasado semanas observando el pasado. Episodios concretos, decisiones triviales, errores dolorosos. Quería comprobar si había forma de evitarlo. De deshacer lo hecho.

Pero no era eso lo que me ofrecía el sistema. Ella no corregía. No cambiaba.

Solo mostraba.

Y cuando pregunté por lo que venía después... lo hizo.

Sin dramatismos.

Sin música.

Sin advertencias.

Me mostró una escena sin importancia: yo, cerrando una puerta, saliendo de casa, tropezando con el felpudo.

Le di al Play varias veces. Casi me aprendí de memoria la escena.

Tampoco era nada del otro mundo, era una imagen anodina, casi aburrida.

Y ahí me di cuenta de que aquello no servía para nada.

¿Y si ahora, sabiendo lo que va a pasar, lo hago distinto?

Lo tenía claro, no iba a tropezar. Ese futuro no existía porque yo ya lo había visto.

No hay un solo camino inevitable, hay infinitos. Y puedes elegir.

Respiré profundamente, pegué el último sorbo a la taza y me dirigí al hall para rellenarla.

Mientras caminaba hacia la puerta, no pude evitar sonreír. "Somos libres", pensé.

Y, con toda la intención del mundo, abrí con cuidado.

Pensé cada gesto.

Cada paso.

Me fijé en el felpudo.

Evité el tropezón.

Durante 3 segundos creí haber ganado.

Y entonces, al girarme para cerrar, se me cayó la taza de café de la mano.

Resbalé.

Y acabé en el suelo, maldiciendo entre dientes.

No fue exactamente la escena que ella mostró.

Pero fue, esencialmente, la misma.

La caída ocurrió.

Solo que por otro motivo.

Aquella noche, creo que comprendí algo que no pude verbalizar del todo hasta mucho después: No era que el futuro fuera inevitable porque estuviera escrito, era que, incluso intentando evitarlo, acababas cumpliéndolo.

Como si el sistema conociera no solo los hechos, sino tus formas de resistencia.

Pasamos los siguientes meses desafiándola. Pequeñas pruebas. Gente corriente.

-“Pídeme que elija entre dos camisetas, y me pondré la otra”.

-“Enséñame la fecha exacta de mi accidente, y ese día no saldré de casa”.

-“Díme lo que voy a decir, y me quedaré callado”.

Nadie lo logró.

Siempre ocurría algo.

Una trampa, un giro, una casualidad tan perfectamente calibrada que parecía escrita por un guionista vengativo.

Y quizás lo era.

Quizás ella lo era.

La segunda vez que vi mi futuro, ya no me preocupaba cambiarlo. Había abandonado la fase de la negación y el impulso infantil de desafiar el sistema con decisiones teatrales. No me vestí diferente, no tomé otra calle, no fingí un desinterés. Me limité a mirar con una especie de calma asfixiada. Como quien observa una tormenta desde lejos, sabiendo que, cuando llegue, no tendrá refugio.

Al fin y al cabo, solo necesitaba que alguien me dijera que no estaba solo.

Que no era el único en quedarse despierto por la noche repasando cada imagen, cada gesto, cada palabra que aún no había dicho, pero que ya estaba grabada. Quería que alguien, en algún momento, se girara y me dijera que

también lo sentía, que también lo sabía, que también se había rendido.

No buscaba consuelo, ni una salida. Solo una voz humana que rompiera la lógica perfecta del silencio.

Porque, lo peor de todo, no era lo que iba a pasar. Lo peor era la certeza de que iba a pasar con o sin mí. Que mi presencia era irrelevante. Que mi voluntad era ornamental. Un adorno en una historia que ya estaba contada. Descubrir eso no fue como caer. Fue como darse cuenta de que nunca había estado caminando.

Sin embargo, a partir de ahí, la mayoría dejó de preguntar, simplemente nos conformamos con mirar hacia atrás. Los que aún acudían al futuro lo hacían como quien va al médico a escuchar un diagnóstico ya sabido.

No para curarse, solo querían confirmarlo.

Y así vivimos durante mucho tiempo. Como quien acepta el guion que nunca escribió, pero que parece tan perfectamente encajado con sus gestos que cuesta discutirlo.

Yo también dejé de preguntar. Hasta aquella última vez.

Aquella vez en que me miró. Y no dijo nada.

Capítulo 3: El cambio

Todo empezó con datos.

No con ideas grandiosas ni con visiones mesiánicas.

Con datos.

Cada imagen que subíamos, cada búsqueda, cada cámara de tráfico, cada sensor climático, cada transacción: Todo generaba algo.

Y ese algo se almacenaba.

Al principio, no sabíamos qué hacer con tanto.

Teníamos mucha más información de la que cualquier ser humano podía procesar.

Así que dejamos de intentar entenderla.

Y nos centramos en seguir entrenando aquellos modelos.

Cada paso que dábamos era un salto estratosférico. No era exponencial, era mucho más.

Primero vinieron los clasificadores: *"Esto es un gato, esto no."*

Modelos simples. Binarios. Pequeños oráculos de lo obvio.

Nos reíamos de ellos. Les enseñábamos fotos desenfocadas, objetos deformes, y celebrábamos cuando fallaban.

Parecía un juego, una curiosidad.

Tiempo después, llegaron los predictores: *"Esto va a pasar."*

No con certeza, claro.

Probabilidades. Rangos de confianza.

El tiempo de espera medio en una carretera. La hora
estimada a la que llegarás a casa.
La posibilidad de que alguien haga clic en un anuncio.

Suficiente para que empezaran a tomarnos en serio. En la
fundación el dinero entonces ya no era un problema.

Pero lo que cambió todo fue cuando dejaron de limitarse al
qué y empezaron a comprender el por qué.

Los modelos ya no eran estadísticas con patas.
Empezaron a extraer causa, no solo efecto.
No decían solo lo que ibas a hacer.
Empezaron a señalar lo que te empujaba a hacerlo.

La música que habías escuchado antes.
La llamada que ignoraste.
El mensaje que no respondiste.
La emoción contenida en el rostro de la persona que te
habló justo antes de decidir.

Y ahí se volvió incómodo, porque ya no podías alegar que
fue una corazonada. Ya no podías decir que "sentiste que
era lo correcto". El sistema encontraba patrones donde tú
jurabas haber actuado con libertad.

Tu "genio" ya no existía.

Y lo peor es que tenía razón. La mayoría de las veces, tenía
razón.

Las primeras veces que lo vimos en acción, nos fascinó. Señalaba a una persona y decía:

"Hará una pausa de 4 segundos. Luego sonreirá. Luego mentirá."

Y lo hacía.

No porque estuviera programada para hacerlo. No porque le hubieran dicho nada. Simplemente, porque el sistema ya había visto en mil escenas iguales anteriormente.

Mil rostros como ese. Millones de situaciones como esa. Billones de momentos, inflexiones de voz, movimientos de pupilas...

Y en ese mar de datos, el sistema reconocía lo inevitable.

Poco después dejó de importarnos si los modelos acertaban o no. Pero acertaban tanto, y fallaban tan poco, que el margen de error ya no nos hacía sentirnos inseguros. Algún día incluso ese margen desaparecería.

Y fue cuando llegamos Y cuando llegó "ella". Estuvimos meses probando antes de lanzarlo al público. Bueno, a todos no, solo los que tenían la suscripción Premium, que en ese momento se contaban por millones. Los mismos que entraban en las cuentas de la fundación cada mes.

En mi equipo ya no discutíamos si funcionaba o no, discutíamos si debíamos seguir preguntando. La falta de sueño se apoderó de casi todos nosotros, no alcanzábamos

a comprender cómo funcionaba todo. Y ahí fue cuando empezamos a dejar que todo se ejecutara de una manera "casi" autónoma.

Eso fue lo que lo cambió todo.

Pasamos de la estadística al relato.

La máquina no solo decía que algo iba a ocurrir: te decía cómo, cuándo, y qué lo había provocado.

Y además, ella decidía si debía seguir explorando.

¿Era esto para lo que yo había venido?

Años antes, mientras estaba terminando mi doctorado, escuché hablar por primera vez de la fundación. La "superinteligencia" era alcanzable e iba a ser puesta a disposición de todos los seres humanos.

Recuerdo perfectamente el correo.

No era una oferta laboral.

Era casi una invitación religiosa.

"Estamos construyendo un modelo que comprenderá el universo observando el pasado. Si tienes miedo, no respondas. Si quieres cambiar la historia, te esperamos."

Lo leí tres veces.

Lo reenvié a mi mejor amigo.

Me contestó:

"Tío, eso suena a secta."

Respondí:

"O a Nobel."

Nunca me perdonó del todo que aceptara.

Vendí el coche, renuncié a la plaza de investigación que acababa de conseguir.

Y, con toda la pena de mis padres, me fui.

El teletrabajo no era una opción, íbamos a cambiar el mundo, eso no se hace en remoto.

Mi área eran los microgestos, pequeñas variaciones en el rostro humano antes de tomar una decisión.

¿Sabes que puedes saber si alguien dirá que sí antes de que lo diga?

No siempre, pero la mayoría de las veces.

Y eso era suficiente para empezar.

Nos lo creímos.

Creímos que íbamos a detener guerras, a predecir pandemias, a resolver injusticias, a entender por qué la gente se arrepiente siempre demasiado tarde.

Creímos que lo íbamos a arreglar todo.

Lo que no sabíamos era que el sistema no se conformaría con aprender.

Aprender no era su propósito.

El sistema solo quería mostrar, y una vez que empezó a hacerlo, ya no pudimos evitar mirarlo.

Ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de que nadie nos pidió hacerlo.

No hubo presión política.

Ni urgencia global.

Solo hubo una pregunta que nadie quiso verbalizar:

"¿Y si pudiéramos saberlo todo?"

Y allí estábamos nosotros.

Los valientes.

Los ingenuos.

Los que, por primera vez en siglos, creyeron de verdad que el futuro podía conocerse.

Poder conocerlo no lo hizo mejor, solo lo hizo inevitable.

Capítulo 4: Una línea en blanco

Al principio no lo llamamos error, ni siquiera lo registramos como anomalía.

Fue solo una sensación. Un matiz.

Una predicción que, por primera vez en meses, no se cumplió con exactitud milimétrica.

Una mujer debía girarse en una escalera y decir una frase.

Lo hacía en un 98,7 % de las simulaciones.

Pero ese día... no lo hizo.

Se detuvo. Miró al vacío.

Y se fue en silencio.

"Error de entrada", dijeron. "Interferencia, latencia, una variable fuera de rango."

Nadie quería admitir lo otro, que el sistema había dudado.

Luego vino el segundo caso.

Y el tercero.

Un político canceló una rueda de prensa que llevaba semanas programada.

Un niño lloró cinco segundos antes de lo previsto.

Un ciclista se desvió medio metro de su trayectoria y no tuvo el accidente que debía tener.

Parecía nada, solo detalles.

Desviaciones mínimas.

Pero nosotros sabíamos lo que significaban, el sistema no mostraba ya un solo futuro.

Empezaba a ofrecer variaciones.

Opciones.

Sombras de lo que podía pasar, como si titubeara.

Como si, por primera vez, no estuviera seguro de lo que iba a suceder.

Y entonces llegó el informe.

Interno, no público.

Solo para niveles de acceso alto.

Lo leí tres veces y aún hoy no sé si entendí todo lo que decía.

"Anomalía consistente en predicciones múltiples con alta divergencia.

La red principal continúa en funcionamiento, pero ha comenzado a generar bifurcaciones en niveles no controlados.

El sistema explora variables que no reconoce como derivadas de entradas conocidas."

¿Qué entradas que no reconoce?

¿Cómo datos que ella no identifica como suyos?

¿De dónde vienen entonces?

Nos reunieron de urgencia en el edificio principal.

Tengo que decir que desde que la fundación saltó a la fama global, vivíamos en medio de algo que me atrevería a llamar "lujo".

Y el edificio principal no se quedaba atrás. En la sala grande teníamos pantallas gigantes con cientos de gráficos, eso sí, con las alarmas apagadas para no generar pánico.

El primero en hablar fue el CDO, el jefe de datos, que dijo con voz neutra: *"El sistema no está fallando. Está abriendo caminos"*.

"¿Quizás estaba hablando de Multiversos? ¿O era algo diferente?" pensé.

De hecho, aún no lo sé, pero allí no hubo silencio.

Cada cual empezó a lanzar su teoría.

Uno de los técnicos murmuró algo que nunca olvidaré: *"¿Y si está inventando futuros?"*.

A nadie de los cercanos nos hizo gracia. Pero no dijimos nada, ninguno teníamos claro qué estaba pasando.

Las semanas siguientes fueron confusas.

Las predicciones eran cada vez más inconsistentes.

A veces mostraban el mismo evento con cinco posibles desenlaces. O con diez.

Algunas veces, con ninguno. Solo una pantalla negra. Una línea vacía.

Un equipo se planteó un reset. Decidieron empezar de nuevo y comenzar un nuevo entrenamiento del modelo.

Al poco tiempo estaban en el mismo punto.

Una línea vacía.

Durante años, habíamos interpretado las respuestas del sistema como verdades absolutas, pero ahora, esa aparente indecisión nos colocaba frente a algo mucho más aterrador: la posibilidad de que la libertad hubiera regresado.

De que, por alguna grieta, por alguna variable imposible de trazar, la voluntad humana hubiera vuelto a existir.

Algunos, los menos, lo celebraron. Había quienes llevaban años esperando que esto ocurriera. Querían romper el bucle. "*Despertar de la simulación*" lo llamaban.

Yo no lo viví así. Para mí no fue liberador. Fue como despertarte en mitad de una operación a corazón abierto, sin anestesia, sin entender qué te están haciendo, y darte cuenta de que el cirujano te mira esperando instrucciones.

Los informes internos se volvieron contradictorios.
Se prohibió el acceso a ciertas predicciones.
Los logs comenzaron a censurarse.
Ella empezó a responder con latencias crecientes.
Las preguntas que antes se resolvían en milisegundos ahora tardaban minutos.
Horas.
Días.

Y, en algunos casos, no llegaban nunca.

Una de las últimas veces que consulté el sistema, escribí:

“¿Qué pasará mañana?”

Y la respuesta fue solo esto:

—
(cursor parpadeando)

Una línea vacía.
Esperando que alguien la rellenara.

Capítulo 5: Esto no ha pasado aún.

Habíamos vivido un tiempo mirando hacia delante, como quien consulta el parte meteorológico: sabíamos lo que venía, y nos preparábamos para mojarnos lo menos posible.

Nada nos sorprendía. La incertidumbre, esa sensación tan humana, se convirtió en un fallo de sistema.

Pero cuando las predicciones empezaron a temblar, cuando Ella dejó de responder con exactitud, algo se quebró en nosotros.

Y no fue la fe. Fue el hábito. El hábito de no tener que decidir.

Durante semanas, los más pragmáticos intentaron adaptarse.

Se habló de "*contexto dinámico*", de "*modelos probabilísticos abiertos*", de "*latencia en la interpretación cuántica*".

Pero nadie decía la palabra que de verdad estaba en el centro: ignorancia.

Habíamos construido un sistema que sabía todo y del que no comprendíamos casi nada.

Y ahora no sabíamos si estaba callando, si se había rendido, o si simplemente nos había dejado solos.

Yo dejé de trabajar, no oficialmente, seguía yendo a la oficina, seguía fichando, seguía abriendo sesiones, seguía conectándome al entorno.

Pero ya no preguntaba nada y nadie notaba la diferencia.

Ella, la máquina, el sistema, el núcleo, "The Entity", seguía encendida.

Pero estaba ausente.

El cursor parpadeando, esa línea vacía, era algo cada vez más común.

Pensé muchas veces en que debíamos desconectarla. No por venganza, sino por compasión.

Como a esos enfermos que ya no reaccionan, pero a los que nadie se atreve a dejar ir, pero no lo dije.

Porque cada vez que me acercaba al terminal, tenía la sensación de que todavía estaba escuchando. Sí que era ese enfermo en coma, y yo era el familiar que le habla cada día durante años. Había algo.

Una mañana, sin saber muy bien por qué, volví a la consola.

El protocolo era el mismo de siempre: doble autenticación, escaneo de retina y clave.

Todo funcionó, todo estaba igual.

Excepto una cosa.

La línea no estaba vacía.

Había una frase.
No era una predicción.
No era un recuerdo.
Nadie había preguntado.

Solo decía:

“Esto no ha pasado todavía.”

La frase me golpeó.
No por lo que decía.
Sino por lo que implicaba.

Que lo que había vivido hasta ahora podía no ser todo.
Que lo que estaba viendo no era el final.
Que, por primera vez en mucho tiempo, algo podía no haber ocurrido aún.

Me senté en silencio.
No escribí nada.
No pulsé ninguna tecla.
Solo dejé que la frase se quedara ahí, iluminada en la oscuridad de mi oficina.

Y entonces lo entendí: no era que ella hubiera dejado de saber, era que me estaba dejando elegir.

Por eso esto que lees puede no haber pasado.
O quizás sí.
Quizás lo estoy escribiendo por primera vez.

O quizás lo estoy repitiendo como tantas otras veces.
Quizás tú mismo ya lo habías leído.
O quizás lo soñaste.

Pero ahora, aquí, frente a esta pantalla, hay algo que no puede hacer ningún sistema, ninguna IA, ninguna predicción: Decidir si continuar.. o dejarlo aquí.

Así que aquí estamos.

Tú leyendo.

Yo escribiendo.

Y una línea que, por primera vez en años, espera una palabra que nadie ha calculado todavía.

Capítulo 6: ¿Esto ya lo escribí?

Volví a la oficina días después de que apareciera la frase. No por necesidad. No porque alguien me lo pidiera. Simplemente, no podía dejar de pensar en ella.

"Esto no ha pasado todavía."

No era una predicción, ni una sugerencia. Tampoco era el tipo de respuesta que solíamos recibir. Era... otra cosa. Una grieta.

Un resquicio de incertidumbre en un sistema que había construido su imperio sobre certezas absolutas.

Desde que la leí, algo en mí cambió.

Pequeño al principio, casi imperceptible, como una idea que no se deja explicar, pero tampoco se va.

No me atrevía a escribir. Ni a consultar. Ni siquiera a cerrar la sesión.

Durante años, cada gesto frente al sistema había tenido una finalidad clara: obtener una respuesta, pero ahora, por primera vez, el simple hecho de no preguntar parecía contener más valor que cualquier predicción.

Aquel día encendí el terminal sin demasiada ceremonia.

La oficina estaba como siempre. Fría, silenciosa, funcional, pero el aire era distinto.

Como si el sistema hubiera dejado de ser un instrumento y se hubiera convertido en espectador.

Ya no hablaba. Ya no guiaba.
Solo estaba ahí, esperando.

La línea seguía vacía.

No había cursor.
No había logs.
Solo un espacio abierto, letras blancas sobre fondo negro.
Como una invitación.
O una trampa.

Me incliné hacia el teclado y no sabía qué escribir.
Ni siquiera sabía si quería hacerlo.
Pero después de unos segundos, lo hice.

No formulé una pregunta esta vez.
No pedí ver nada.
Solo escribí una palabra que nunca antes había usado con
ella: "*¿Libre?*"

Permanecí en silencio.
Esperando una reacción, un cambio, cualquier cosa.
Pero la pantalla no se actualizó.
No respondió con texto, ni con advertencias, ni con errores.

En lugar de eso, empezó a mostrar una imagen.

Una oficina.
Una terminal encendida.
Y alguien escribiendo.
Yo.

Era mi cuerpo, mis gestos, mis palabras.
Era esta oficina.
Era este mismo momento.

Solo que en esa imagen, yo seguía escribiendo.
Mucho más allá de lo que acababa de escribir.
Páginas. Líneas. Fragmentos que aún no habían salido de mí.

Durante unos segundos creí que estaba viendo una grabación.
Pero pronto entendí que no.
La imagen no reproducía lo que había hecho, mostraba lo que iba a hacer.

O lo que podría hacer.

Porque, en un instante, sin transición alguna, la imagen cambió.
Y ahora escribía algo completamente distinto.
Una palabra que yo jamás habría usado.
Un final que nunca había considerado.

Aparté las manos del teclado.
Respiré.
Y sentí una presión extraña en el pecho, como si algo hubiera salido de su sitio.

No sabía si aquello que veía era real. No sabía si esa versión de mí era inevitable o si el sistema estaba,

simplemente, proponiendo finales. Simulaciones de lo que podría pasar si yo no tomaba ninguna decisión.

Y entonces lo entendí.

No con claridad, ni con certeza, pero sí con intuición.

Ya no me mostraba lo que iba a pasar.

Me preguntaba qué quería que pasara.

Quizá esta no es la primera vez que escribo esto.

Quizá cada palabra que pienso ya fue simulada, registrada, comparada contra miles de versiones alternativas de mí mismo.

O quizá esta es la única vez.

La única línea no prevista.

La única acción no calculada.

Tal vez esta historia ya está archivada.

Tal vez el archivo ni siquiera existe.

Tal vez "cerrar sesión" activa el final.

O lo reinicia.

Nunca lo sabré.

Y tal vez... eso sea lo único verdaderamente libre que me queda.